El aula en silencio

Por Víctor Darío López

El profesor Macedo es uno de los profesores más longevos que ha tenido la universidad. Aún sin necesidad, sigue dando clases. Desde hace poco, hay cosas que le hacen más fácil su tarea, aunque no tanto como él quisiera.

A este profesor se le puede considerar un hombre de hábitos. Llega un poco antes de empezar la clase, tal como dictan las buenas costumbres. Dispone de su espacio. Acomoda sus cosas que constan de un termo con agua de limón, un par de libros, una libreta de notas y por supuesto, la presentación de Power Point que se asemeja a un guion y le ayuda a no salirse del tema.

Cuando sus alumnos entran al aula, lo hacen uno a uno como el goteo de un grifo. Algunas veces salen deprisa y regresan al cabo de un instante, como con urgencia, señal de que algo anda mal. El profesor saluda a cada uno por su nombre, les pregunta cómo están. Las respuestas que recibe se disputan entre lo cortés y lo cortante.

Llegada la hora de inicio, empieza sin necesidad de que el grupo esté completo. Ofrece una disculpa por este gesto, pero apela al respeto que les tiene a quienes sí llegaron temprano. Retoma el tema visto la clase anterior y en una especie de pseudoazar nombra a algunos alumnos para que resuman lo abordado. Alterna entre los que a menudo visitan otros mundos en clase y los que sabe que toman apuntes aún sin pedirlo.

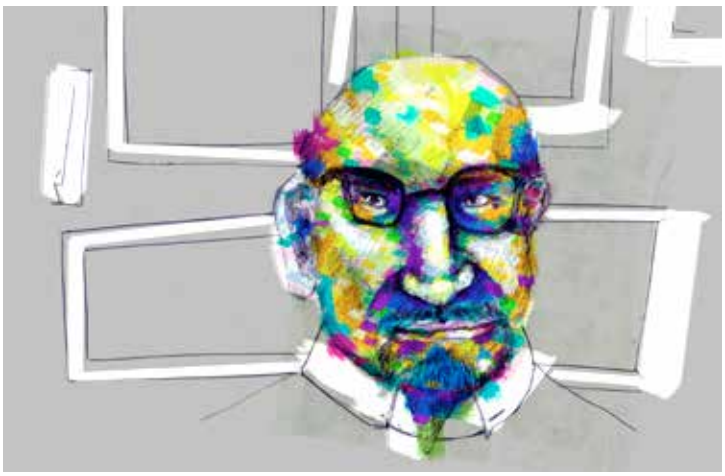

Ilustración: Gustavo Contreras

Un cuchicheo se hace presente, distrae, molesta; es imposible ignorarlo. No sabe exactamente de dónde viene. Usar la mirada para intentar callar ese ruido ya no sirve de nada, imposible acercarse desde su posición. Sin mediar comentarios, pulsa el botón mágico: el silencio. El cuchicheo desaparece. Toma un poco de agua como si la pausa hubiera sido originalmente para refrescar su garganta.

Al terminar la lección está listo para oír los comentarios y cuestionamientos de sus estudiantes. El silencio es total en el aula. Parece que no hubiera nadie. En otra época habría pensado que sus estudiantes le acompañan con el cuerpo, pero no con la mente. Afirmar tal cosa ahora se volvía insostenible.

Le gustaría que inventaran un segundo botón mágico para Zoom y que sirviera para hacer participar a sus alumnos. Ojalá eso pase pronto. En su defecto, bastaría que sus estudiantes anticiparan la diferencia entre tener presente a un profesor a la distancia o tenerlo colgado como video de consulta en una plataforma inanimada.



Víctor Darío López es licenciado en Educación por la Facultad de Ciencias de la Conducta de la UAEM. Maestro en Ciencias con Especialidad en Investigaciones Educativas por el Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (Cinvestav-IPN). Ha colaborado en proyectos de formación y evaluación educativa, y desde el 2017 se desempeña como analista académico en el Centro Nacional para la Evaluación de la Educación Superior (Ceneval).